

X

De la señora de Maltrana á Pilar de Loaysa.

La Bastida, Diciembre.

Aún estamos aquí, mi adorada Pilar: ni Juan Antonio ni yo nos decidimos á volver á nuestra casa de Villarcayo, mientras no se amortigüe este dolor inmenso. Cuatro meses há que perdí á mi hija, y aún me parece que fué ayer, y que la casa está llena del terror, de las angustias de aquella muerte; la idea sola de entrar en ella me hace temblar. Tú no sabes lo que es esto. A Dios gracias, los niños se defienden bien del crudo invierno. Esta casa de La Bastida, aunque de pocas anchuras, nos ofrece la ventaja de su abrigo seguro y de su situación risueña en medio del campo poblado de vides, poco húmedo, con llanadas sin fin donde pasear. Los alimentos son superiores, las aguas purísimas, el clima mucho más dulce que en Villarcayo, lo que nos mueve á permanecer aquí todo el invierno, y no me pesa, no sólo porque nos sentimos más distantes de nuestro dolor, sino porque veo á Juan Antonio muy entretenido en el cuidado y mejora de las tierras

que poseemos en La Bastida y en San Vicente.

De mi padre sólo puedo decirte que se mantiene acartonadito; come y duerme, y no pierde ocasión de asegurar que ha decidido no morir-se todavía; pero ya no es aquel D. Beltrán tan ameno y señoril, que fué el encanto de tres generaciones: su palabra tropieza cuando quiere usarla demasiado, y de su inteligencia, que rápidamente se amortigua, no brotan ya los destellos que nos causaban tanta admiración. Pásase largas horas sentadito en su poltrona, se hace leer alguno de los papeles públicos que llegan acá, dormita cuando los chicos le dejan solo, y en más de una ocasión le he sorprendido rezando quedamente, cosa nueva en él, pues nunca fué hombre de grandes ni pequeñas devociones; pero ello es hoy muy natural, y demuestra no sólo que Dios le llama, sino que él le oye y quiere acabar santamente sus trabajados años.

No necesito decir os cuánto se acuerda de vosotros; no cesa de nombraros; en la mesa, ó jugando con los chicos, ó de paseo, le oímos á cada instante: «¿Qué diría Pilar de esto? ¿Qué haría Fernando si tal viese?» Os quiere con delirio. Bien le conozco que tiene rabiosas ganas de irse con vosotros; pero su vejez le ha hecho tímido y ya no manifiesta sus deseos. Yo le pro-

porcionaría este gusto, que es sin duda el último aliento de una vida caprichosa, ávida de los placeres sociales; pero no me atrevo á mandárosle allá, ni aun con buena escolta de criados. El pobrecito no está ya para tales trotes. Podría quedársenos en el camino.

Y voy al asunto magno, Pilarica de mi alma. Novedades muchas y gratas tengo que contar-te. La primera visita de las niñas de Castro fué de pura etiqueta de duelo, y nada pudimos hablar. Como estamos tan cerca, fuimos á La Guardia Juan Antonio y yo á pagarles la visita, y tampoco pude meter baza, por estar las damiselas en plena cautividad de Doña María Tirgo y de las de Alava, que de ellas no se apartaban un momento. Dios dispuso luego las cosas para nuestra satisfacción y gusto: lo primero que hizo fué agravar los achaquillos reumáticos de la Tirgo para que no pudiera moverse, ni acompañar á las niñas en sus viajatas por estas tierras; y hecho esto, inspiró á Demetria y á su hermana la feliz idea de llegarse acá una tarde, con lo que ví el cielo abierto.

Llegaron las niñas el viernes de la semana pasada en un lindo coche que tienen ahora para pasear, y como yo les manifestara mi sorpresa, no inferior al gusto que me daban, Demetria me dijo: «Me moría de ganas de hablar

con usted, Valvanera, y si no me engaña el corazón, también usted tiene ganitas de hablarme...» «Ganitas rabiosas—le contesté:—como que habíamos tramado ya Juan Antonio y yo tomaros por asalto el mejor día.»

Encargada Pepilla de entretenerme á Gracia todo el tiempo que yo necesitara para explicarme con la hermana mayor, cogí á esta por mi cuenta, nos encerramos, y allí fué el derroche de confidencias y sinceridades que voy á referirte. Ya era tiempo, ¿verdad?

Déjame que tome respiro, que no puedo escribir muy largo; me sofoco; paréceme que hablo todo lo que escribo, y me falta el aliento. Para contarte lo que hablamos Demetria y yo, parte aquel día, parte el lunes en Samaniego, punto concertado para pagarles la visita, tengo que emborronar lo menos seis pliegos. Empiezo por decirte que con tantas penas la joven sin par no ha perdido nada de su belleza grave, que crece y brilla más cuanto más se la mira. En el tiempo transecurrido desde la muerte de su padre, la entereza, don primero de esta singular niña, se ha fortalecido con los sinsabores de la terrible lucha con su familia y los Idiáquez... En broma, en broma, tu presunta nuera anda ya en los veintiséis años, cifra que nos induce á no perder más tiempo, y que nos

da la explicación de que haya roto el papel que viene sosteniendo, harto enojoso y duro de representar á estas alturas. La pobrecilla oye dentro de sí las voces que le dan sus veintiséis años, juntamente con el bullicio de la naturaleza y los clamores revolucionarios de la juventud que reclama su fuero. Ha llegado el momento crítico de su voluntad, que ya no quiere ser esclava, sino señora, cosa muy natural, y darse el gobierno de sus propias acciones.

Sábado.

Mira, Pilarica, lo que se me ha ocurrido: en ello verás la explicación de haber tardado ocho días en referirte todas estas cosas, que parecerían un buen trozo de novela sentimental si no fueran la verdad misma. Escribílo de primera intención todo seguido, poniendo en forma narrativa los conceptos que Demetria y yo nos decíamos, mezclados con las observaciones que se me iban ocurriendo. Pero leído por Juan Antonio mi cartapacio, encontrólo pesado y obscuro, y no fué preciso más para que mi lastimado amor propio de historiadora me inspirara la idea de darle forma distinta, en lo que se me fueron dos días con sus primas noches. He pensado que resultará mayor cla-

ridad para la lectora presentándole la copia de estas largas conferencias en disposición semejante á la de un Catecismo, con preguntas y respuestas, que hacen imposible toda confusión. Verás lo que digo, metiéndole á la niña los dedos en la boca, y lo que ella con sereno juicio y corazón henchido de nobles sentimientos me responde. A su tiempo sabré si me he lucido con mi catecismo, ó si ello es una extravagancia de que tú y Fernando os reiréis á costa mía. No me importa, con tal que te enteres bien. Allá voy.

PREGUNTA MÍA.—Lo primero que tienes que explicarme, querida, es lo que pasó entre vosotros, tú y Fernando, cuando éste, después del Convenio de Vergara, te escribió por su gestión de su madre una carta muy afectuosa, diciéndote que se acordaba mucho de tí, y otras cosillas dulces y discretas. Era natural que fuese él quien primero se insinuase. Esperábamos que de esta correspondencia saliera lo que nosotros deseábamos, y tú también, por lo que ahora me dices. No podía Fernando espetarte una declaración á boca de jarro: necesitaba explorar antes tus sentimientos... Tres cartas de él cruzáronse con dos tuyas. ¿Qué razón hubo para que este correo se suspendiese bruscamente, y para que tu carta

postrera fuese la misma frialdad y como un delicado aviso de ruptura?

RESPUESTA DE ELLA.—¡Ay! no fueron tres las cartas tuyas, sino dos; si en efecto escribió esa tercera carta, y verdad debe de ser cuando usted lo afirma, yo no la recibí, puede creérmelo. No debe sorprendernos esta falta, porque precisamente en aquellos días los de Cintruénigo apretaban las clavijas; queriendo vencerme, ya con los halagos, ya con el miedo; mi tía, absolutamente á devoción de ellos, pretendía secuestrarme la voluntad, el pensamiento y hasta la respiración. No nos asombremos de que Doña María, en un arrebató de celo, retuviese en su poder la carta que para mí llegaba. La enfurecía mi correspondencia con D. Fernando, y siempre que me encontraba con la pluma en la mano, teníamos un disgusto. En cuanto á la frialdad de mi segunda carta, la explicaré por una de esas tonterías que hacemos las mujeres, engañadas del falso arte de amor que hemos aprendido en los libros. Se me puso entre ceja y ceja que debía emplear el jueguito del desdén con el desdén, y ya ve usted qué mal me salió el meterme en tales dibujos. Escribí la carta fría, creyendo que él la contestaría con otra muy fogosa; la carta de él no pareció... creí que no quería más cuentas conmi-

go. Lo que padecí en largos meses, después de aquella fecha, sólo Dios puede saberlo... Aprendí entonces que en los casos graves de la vida, los disimulos y las comedias no traen nada bueno, y que siempre debemos proceder con rectitud, expresando lo que pensamos, y no desfigurando con artificios de mujeres vanas la verdad que sale de nuestro corazón.

PREGUNTO YO.—¿Y cómo, hija mía, no se te ocurrió poner en práctica la sabia regla que acabas de exponer? ¿Por qué no expresaste en tu segunda carta la verdad de tus sentimientos?

RESPONDE ELLA.—Fíjese usted bien, Valvenera: era la situación mía muy distinta de la de D. Fernando. Yo no había querido á hombre ninguno antes de conocerle y tratarle, en el terrible tránsito de Oñate á mi tierra por los altos de Aránzazu... Para mí fué D. Fernando desde aquellos días, más que un hombre, un ángel, un caballero bajado de los cielos... Yo le quería... lo diré todo claro, pues usted así lo desea... yo le quería, y considerándome indigna de juntar para siempre mi existencia con la suya, me consolaba queriéndole á mi modo, sola conmigo y con las imágenes de él, que no me dejaban despierta ni en sueños... Pues bien: si yo no había tenido jamás ningún amor más que el de que estoy hablando, él amaba, bien

le sabe usted, á otra mujer... Y aunque es público y notorio que esta mujer le había dado unas grandes calabazas, él no renunció á ella, y el año 38, cuando fué á Miranda, revolvió la tierra por encontrarla, y ella por otro lado corría en busca suya, no sé si cuerda ó loca... Después oí contar que el Sr. de Calpena anduvo por tierras de Vizcaya y Guipúzcoa disfrazado de trajinante, negociando secretamente con Maroto las condiciones del Convenio. Dijéron-me que Zoilo Arratia, el maridillo de Aura, se había dejado los huesos en Peñacerrada... La noticia vino de Cintruénigo, con indicaciones de que los amantes de Madrid, los separados en Bilbao por inconstancia ó traición se encontraban de nuevo, y libres ambos, hacían paces duraderas... Verdad que todo esto fué desmentido por ustedes; pero cuando D. Fernando me escribió, después del abrazo de Vergara, no me constaba de una manera cierta que su pasión por la de Madrid fuese una hoguera totalmente apagada... Ha dicho usted que D. Fernando no podía empezar su correspondencia con una declaración, ni menos con propuesta de matrimonio. Pues menos podía yo hacerlo. Su carta era muy afectuosa, revelaba una gran estimación de mí; pero esto no me satisfacía. Digan ustedes lo que quieran, en mi primera respuesta le abri

camino para que se declarara. Él, la verdad, estuvo á dos deditos de la declaración. Tuve yo la ridícula idea de coquetear, como antes he dicho, y todo lo eché á perder... Creca usted que la falta de libertad, la horrorosa imposición de mis tíos son la causa de que todo ello no se decidiera en pocos días, pues si me dejan, yo habría traído á mis pies al caballero y le habría hecho confesar lo que ahora confiesa y reconoce, y es que si para Demetria no hay más hombre que él, para Don Fernando no hay otra mujer que yo. Las cosas claras.

HABLO YO.—Bien, niña mía. Así se expresa una mujer de corazón y de virtud inmaculada. Cuéntame ahora las peripecias de esas terribles luchas que has tenido que sostener con tus tíos. Durante el año 40 no cesaban de llegar á nosotros noticias de concordia entre las castellanas de Castro-Amézaga y el castellano de Idiáquez, y la insistencia de estos rumores les daba tal verosimilitud, que perdimos toda esperanza. A principios del 41, hallándose Rodrigo en Madrid, como diputado en las Cortes que eligieron Regente á Espartero (y él fué de los que dieron voto contrario), anunció á sus conocimientos que antes de Primavera se casaba contigo. Luego vino el notición de que te metías monja. Explicame todo esto en breves palabras.

HABLA ELLA.—No tiene usted idea de mis padecimientos en esos dos años: fueron tales, que pienso que ellos solos me bastarían para ganar la gloria eterna. Los de Cintruénigo, después de abrumarme con cartas de amor, alambicadas y fastidiosas, me abrumaban con regalos. Admitirlos no quería yo; pero mis tíos me cortaban la voluntad. Vino Doña María Tirgo con una corte de clérigos y hasta con el Obispo de Calahorra... Por cierto que en aquellos días, parecía mi casa el Vaticano: no se veían más que sacerdotes elegantes, que gastaban rapé oloroso y hablaban latín fino; Doña María echábame homilias semejantes á las de los *misterios gozosos y dolorosos*; me aseguraba en todas ellas que se moriría de pena si no le daba yo el gusto de ser su hija. Todo el clero que á la de Idiáquez acompañaba no tenía más que una voz para prometerme la bienaventuranza eterna si me casaba con D. Rodrigo, y ella ponía el remate á la tentación diciéndome que era muy poco lustre para mí el título de Marquesa, que Rodrigo se proponía obtenerlo de mayor resonancia, y que él y yo ceñiríamos corona ducal. Figúrese usted lo que me importan á mí títulos ni relumbrones. Dijo también que á Rodriguito le habían prometido los moderados hacerle ministro en cuanto los perros cambia-

ran de collar y echáramos al Regente, y qué sé yo qué más... ¡Dios mío, qué de cosas me han dicho, y qué valor y constancia he necesitado para mantenerme en mis trece!... Llegó después el Marquesito transformado de ropa, pues ya recordará usted que de sus primeros viajes á Madrid volvía siempre vestido con tres modas de atraso, revelando en su facha la miseria que no podía desechar de su alma. Alguien debió de advertirle que nada es tan necesario á un galán pretendiente como el revestirse de formas elegantes, según el estilo que viene de París. Traía muchos y variados levitones y levitines, y creía conquistarme mudándose de traje por la mañana, otra vez al mediodía, y luego por tarde y noche. Me daba fatiga ver á un hombre que no hace más que vestirse y desnudarse cuatro veces en la brevedad de un día... Bien comprende usted que con esto me convencieron menos que con las coronas ducales y marquesiles. Mi tía ponderaba la elegancia de Rodrigo, y yo, aburrida ya y deseando morirme, hacía lo propio, á ver si así lograba que el galán y su madre salieran con viento fresco y me dejasen tranquila. De aquí nació la falsa idea de que yo cedía, y empezaron á correr voces de avenencia... Como Doña María, reforzada con las de Alava, pretendiese un día arran-

carme declaración de consentimiento, me planté, soltando los registros más fuertes de la entereza que Dios me ha dado, y les dije que en todo haría el gusto á mis amados tíos, menos en casarme con un hombre que no me inspiraba ningún amor. Fuese del seguro mi tía, y acabamos la función ella y yo, no con voces airadas, que eso no está en nuestra condición, sino echándonos á llorar como Magdalenas. Mi tío también lloraba, y á Gracia le dió un síncope que nos puso en gran alarma.

Al fin pronuncié yo la sentencia que me dictaba mi voluntad. De una vez para siempre declaré que no me casaría con D. Rodrigo, aunque me le trajesen encasquillado en oro, con perlas v brillantes; que no queriendo contrariar á mi familia ni acceder tampoco á pretensiones que ofendían mis sentimientos, me consagraba al servicio de Dios; que no me casaba, vamos, ni ahora ni nunca... Vuelta á llorar mi tía; Gracia pierde otra vez el sentido, y mi tío cae á mis pies y me los besa diciéndome que soy un ángel...

Yo.—Pero no un ángel cualquiera, sino un ángel heroico, de la mejor y más sublime casta. Déjame que te abrace y te dé mil besos, y aun así no expreso toda la admiración que me causa tu firmeza de voluntad.

ELLA. (Besándome con efusión y derramando un llanto dulce entre risas patéticas, estallido de un corazón que ya no sabe ni puede contener el brote descompasado de sus afectos.)—Lo que yo he padecido por mantenerme firme en esta guerra, y para no dejarme conquistar, no puede usted figurárselo... ni nadie lo entiende más que Dios. D. Fernando quizás lo comprenda si, como usted dice, de veras me ama. Bien puede agradecerme ese pillo la resistencia que he tenido que sacar de esta pobre alma mía y lo que me ha costado el guardarme para él... Yo me guardaba y esperaba... hasta el fin del mundo.

XI

(Continúa la carta de Valvanera.)

Domingo.

La segunda entrevista fué en Samaniego, que así lo determinó ella, fijándome día y hora. Convinimos en que yo iría con Juan Antonio, ella con Gracia y el mayordomo que suele acompañarlas, y podríamos estar juntas media tarde, libres y en todo el goce de la recíproca confianza, pues ya cuidaría ella de que ni los

tíos ni las amigas se le agregasen. Doy á esta segunda conversaci3n la misma forma que á la primera di. Gracia no asisti3 á la conferencia; mi marido sí; pero no figura en el coloquio hasta el momento final. Empieza ella diciéndome lo que copio:

«Con mi resoluci3n de entrar en un convento no se dieron mis tíos por derrotados; mas cambiaron de método para mi conquista, y ya no vinieron contra mi voluntad frente á frente, sino de soslayo. No tenía yo que hacer misterio de mi inquebrantable adhesi3n á D. Fernando y del tenaz propósito de ser suya ó de nadie. Trataron de quitarme de la cabeza esto que llamaban desvarío; pero viendo que con sus exhortaciones no lograban sino exaltarme más en él, dieron en denigrar á mi salvador, más que en su propia persona, en la de su señora madre. En rigor de verdad, mi tío, que es un santo, no decía cosa alguna que pudiera sonar á difamaci3n: no hacía más que presentarme como inconveniente el matrimonio con D. Fernando, sin que ello le impidiera reconocer las admirables dotes de éste; mi tía no pronunciaba difamaciones ni alabanzas del caballero; mas por boca de las de Alava y de las de Manterola quería demostrarme que me cubriría de vilipendio dando mi mano al hijo de la Condesa, y que

más me valdría la obscuridad de un convento, la muerte misma, que tan absurdo matrimonio...

HABLO YO. (*Sin poderme contener.*)—Pero tú, niñ^a salada, no te acobardarias ante esos pérfidos ataques. Ya supongo que no se paraban en barras: te pintarían el nacimiento de Fernando como la mayor de las ignominias, y á Pilar como un sér odioso que lleva tras sí el oprobio y el escándalo. Pero tú, que sabes más que ellos; tú que tienes alma grande y un entendimiento superior, capaz de medirse en buena lid con todo el Concilio de Trento, te sacudirías fácilmente las moscas, ¿verdad?

ELLA.—¿Que si me las sacudía? Habría usted de oirme. Mi tío D. José, que no puede disimular, ni aun delante de su terrible hermana, el amor que tiene á D. Fernando, casi, casi me daba la razón, y sin darse cuenta de ello, apoyaba mis argumentos. Yo concluía mis sermones declarando que ni yo ni ellos éramos llamados á juzgar á la señora Condesa de Arista; que entre esta señora y yo, sin conocernos personalmente, no podían mediar rencores ni desconfianzas, sino más bien la mutua estimaci3n y un leal cariño; y en cuanto á su hijo, todos debíamos cerrar los ojos ante su origen y abrirlos bien abiertos para verle y admirarle en los

méritos de su persona. Que me negaran estos méritos, y ya me tenían á mí como una leona, sacando para defenderle cuantas uñas me puso Dios en el magín. La verdad, no se atrevían á desconocer el talento, la cortesía, el noble corazon del hijo de la Condesa, y á mi tío se le escapaba de los ojos alguna lagrimilla cuando recordaba el tiempo en que aquí tuvimos á nuestro caballero con su patita coja.

En esto apuntó el noviazgo de mi hermana con Santiago Ibero, que vino á enredar las cosas, ya bien encaminadas, porque mi resistencia movió á los Idiáquez á poner sus miras en la hermana menor. Vieron que por parte mía estaban verdes, y en la pobrecita Gracia viéronlas maduras. Fué mi primer impulso reprobado los amores de mi hermana con Santiago; pero entendiendo que el noviazgo no era cosa de juego, sino muy seria, observando á la chiquilla muy enamorada, y reconociendo en él cualidades y circunstancias que nadie podía negarle, apoyé los deseos de entrambos, y aquí me tiene usted en nueva y encarnizada lucha con mis buenos tíos. No acabaría nunca si refiriera pormenores de tantísimas escaramuzas y batallas. Mi casa ha sido el campo de una terrible guerra civil, en la cual, si no de sangre, torrentes de lágrimas se han derramado.

si por un lado he visto en mi casa un campo de Agramante, por otro paréceme teatro, en el cual las comedias han sucedido á los dramas, y á los dramas los entremeses para reir, que de todo hay en la escena del Señor.

Yo.—Me figuro lo que habrás padecido y luchado, pobrecita de mi alma, y tu heroísmo va más lejos de lo que yo creía, y él te da el diploma de mujer incomparable, única. Dime ahora si es cierto que Ibero, por causas desconocidas, ha roto con tu hermana, quedando ésta libre, y si la niña inconsolable, como cuentan, se decide á sepultar en un claustro su desconsuelo.

ELLA.—Eso lo veremos. Yo no doy por terminado este asunto. Por de pronto, los de Cintruénigo, que hace meses cogían el cielo con las manos, han recobrado esperanzas, y con las esperanzas se le han hinchado las narices á Doña Juana Teresa, que vuelve á estar insufrible de altanería y despotismo. Ha desatado la curia contra su hermana la de Arista, acosándola con pleitos, y también á nosotras quiere enredarnos en ridículas cuestiones por los linderos de las piezas de Caparroso con unos andurriales donde apacientan cabras los Almontes de Tarazona. Pero de todo esto me río yo, como se reirá D. Fernando de las dificultades que le

ha movido por los mayorazgos de Valldeveu y de Centellas en Barcelona. Lo que principalmente ahora me inquieta es el estado de abatimiento de la pobre Gracia, y mi temor de que su tristeza le cueste la vida. No sé cómo saldremos de este nuevo conflicto; pero no renuncio á una buena solución si en ello me ayuda la única persona en quien todo lo fío y de quien todo lo espero.

Yo. (*Con solemnidad.*)—D. Fernando, tu esposo, y así le llamo, porque Juan Antonio y yo no salimos de aquí sin celebrar contigo un compromiso sagrado. El hombre que te sacó del cautiverio de Oñate, ahora te sacará del encierro en que tu voluntad y la de tu hermana están prisioneras; mas para esto es preciso que suya, eternamente suya te declares, como él por mediación nuestra se reconoce tuyo y muy tuyo.»

Al decir esto, Juan Antonio y yo nos pusimos en pie, y con una solemnidad que comprenderás sin que yo te la describa, le dijimos: «Demetria, mi marido y yo te hacemos formal entrega del corazón del hombre que amas, y por encargo de él te pedimos el tuyo para enviárselo, y él lo guardará hasta que uno y otro corazón puedan en la realidad de la vida juntarse y en uno solo refundirse.»

No sé si *me salió* como lo escribo; debió de ser en forma más tosca y con palabras inseguras; pero tal fué la substancia de lo que dije. Habló entonces Juan Antonio, y palabra más, palabra menos, allá va: «Esto no es una simple conversación de amigos: es un compromiso grave, en el cual usted, Demetria, responde de su voluntad, como nosotros respondemos de la de nuestro amigo. ¿Está usted decidida á sobreponerse de un modo absoluto á las sugestiones de su familia, y dar su mano al que nos autoriza para ofrecer la suya?»

ELLA.—Sí lo estoy. Sea Dios testigo de que lo deseé siempre; y ayúdeme á sostener que si antes no pudo ser, ahora será.

JUAN ANTONIO.—Convengamos en que esto es un casamiento por poder; y aunque para dar fuerza á la ficción no hay más garantía que la de nuestras conciencias, como éstas son muy puras, acordemos que lo que aquí se ate ningún poder humano podrá desatarlo. Deme usted su mano, y haga cuenta de que la mía es la de D. Fernando. Lo que falta, las formalidades civiles y las bendiciones del cura, harán efectiva la unión vital; y en espera del sacramento, las voluntades ya ligadas no pueden separarse.»

No lo dijo mi marido tal como aquí lo lees, sino con mayor familiaridad y menos tiesura

gramatical. Pero tómallo así, pues él me ha escrito el parrafillo, en que verás su pensamiento con toda claridad y precisión. Contestó Demetria repitiendo hasta tres veces el *si quiero* con firme acento y emoción muy viva, y dimos por terminado el acto. Ya lo ves; véalo también el caballero de los escrúpulos: nos hemos excedido en nuestra misión, pues nos encargásteis que exploráramos, y no sólo hemos explorado, sino que hemos descubierto y os ponemos en la mano un mundo hermosísimo. Yo estoy muy contenta, todo lo que puedo estarlo dentro de las sombras de mi pena indeleble. Tú también te pondrás como unas pascuas cuando esto leas, y del caballero nada digo, porque me le imagino celebrando su felicidad con todo el ardor y toda la vehemencia que puso antaño en llorar su desgracia. ¡Vaya, que se lleva una hembra!... Mucho vale tu niño, Pilar; pero con ser tan grande su mérito, aún creo que no iguala, no, á este acabado modelo de chiquillas casaderas (no tan chiquilla ya), que será pronto perfecta casada. Dice Juan Antonio que no ha visto otro caso, ni cree que exista mujer que á Demetria pueda compararse. No nos cansamos de admirar su discreción, su aplomo, su gracia, en la dosis precisa para no perjudicar á la formalidad; su belleza, que en

alto grado tiene cuando bien se la mira; su conocimiento de la vida; su inteligencia casera y gobernante, sin que deje de ser mujer en todo cuanto ordena y ejecuta; y por último, su salud vigorosa, pues su cuerpo es de intachable configuración, airoso y flexible, las carnes apretadas y duras, la mirada serena y viva, el color tostado, la musculatura de acero. ¡Qué hermosa sangre, qué admirable vida! Te anuncio una cáfila de nietos que harán tus delicias, y serán como robles. A Fernando, que se apresure á tomar posesión del mundo que él descubrió y que nosotros le hemos conquistado. Si algún impedimento hubiere aún por acá, lo arrollará la terquedad de esta señorita, que ya se tiene por casada en espíritu y quiere serlo de hecho. Es muy natural: ha cumplido los veintiséis. Su talento, su vida exuberante le dicen á gritos que es lástima dejar que el mundo se acabe.

Nota.—Todo esto me lo ha puesto Juan Antonio, que se mete á colaborar en mi carta, quitándome la pluma de la mano y añadiendo observaciones y juicios de su cosecha. Declino la responsabilidad... Pues sí: decimos que se dé prisa á D. Fernando; por acá la prisa es grande, en razón de lo tardío de esta unión. Ya debías tú tener un par de nietos, muchachones como castillos, si las cosas hubieran ido por el camino

que debían llevar. Pero no tarda quien á casa llega. La niña de Castro no espera más, y antes que dilatar su dicha y el cumplimiento de sus naturales fines, se pondrá por montera á toda la familia y á la caterva de allegados y deudos que la atormentan. No espera, digo, y harto lo revela su rostro sanote, de un color de salud y vida que es la mayor gala de la naturaleza. El sol está en su cara, y las generaciones hormiguean en sus ojos... Basta; le quito la pluma á Juan Antonio para decir que no es decente meter tanta prisa.

Bien quisiéramos, amiga del alma, acompañaros en vuestros paseos por la mar. ¡Qué hermosa será vuestra galera empavesada, deslizándose... y las ondas azules, y...! Aquí me paro, porque no sé yo decir esas cosas. Cuando pase el invierno, quizás podamos satisfacer nuestro afán de verte y embromarte, dándole un fuerte mordisco á ese caballero, y un tremendo abrazo á D. Pedro Hillo. ¡Qué guapos estaréis todos navegando por esas aguas, y pescando besugos, ó lo que den los mares de allá!

Pues ahora, Juan Antonio, no contento con meterse á colaborar en mi carta, ha dado en retocarla toda, añadiendo parrafitos, borrando lo que no le parece bien, enmendando lo que cree obscuro. El cuento es que por no enviár-

tela llena de tachaduras y garabatos, tengo que ponerla en limpio, y al hacerlo, veo que lleva un empaque gramatical que no entra en mis hábitos. Así se aprende. Dice mi marido que debe ir el *documento* muy bien apañadito, porque su indudable importancia lo destina ciertamente á la conservación; esta carta es de las que se guardan como oro en paño en las familias, y hallándose, por tanto, *amenazada* de pasar á la posteridad, debemos darle una pasadita de piedra pómez.

En mi próxima te mandaremos, de acuerdo con tu nuera, instrucciones acerca de la mejor forma, del tiempo y lugar más adecuados para la celebración del casorio. Tiene razón mi marido: ¡á casarse, á vivir!

Veinte mil besos de mis hijos y míos, innumerables docenas de abrazos de Juan Antonio y de D. Beltrán, y recibid toda el alma de vuestra amante amiga—*Valvanera*.